

Untitled

Cuando sonó el despertador se sentía como si la noche anterior le hubiera atropellado un camión, y sabía bien lo que era, porque cuando vivía en Madrid le pasó uno por encima. Pensó que no iba a ser capaz de levantarse de la cama, pues el cuerpo no le obedecía, pero tenía consulta y sabía que no podía faltar, porque se estaba jugando el pan, así que arrastró los pies, como si cargara con un fardo, hasta el cuarto de baño. Pasó ante el espejo desviando la vista, porque no soportaba su imagen y, una vez más, dejó la ducha para mañana: no tenía ganas de lavarse. La fruta mohosa de la nevera casi vacía le quitó las ganas de desayunar y salió a la calle con la misma ropa que los últimos diez días. En el semáforo, se acordó del dolor, aquel terrible dolor tras el accidente que le inmovilizó más de dos meses. Pero aquello no era nada comparado con lo que le pasaba ahora. Entonces, en aquella cama y a pesar de los hierros que le atravesaban las piernas, sabía que el sufrimiento era pasajero, que le esperaba una mala temporada, pero que recuperaría su vida y que, con el tiempo, de todo el infierno que estaba viviendo solo le quedarían algunas cicatrices, y las cicatrices no duelen. Entonces tenía esperanza. Esperanza y afecto. Si lo pensaba bien, nunca había recibido más cariño. Todo el mundo se volcó: la familia, los amigos, los colegas, los vecinos... Gente que nunca habría esperado ver se hizo presente para ofrecerle apoyo y expresarle su sincero deseo de una pronta recuperación. Ahora, la esperanza era una palabra vacía, y el afecto, algo tan deseado como inalcanzable, porque de un tiempo a esta parte todo el mundo le había dado de lado. De hecho, la gente rehuía su compañía y mantenía una distancia incluso física, como si le tuvieran miedo. Cuando, sin saber muy bien cómo, llegó a la consulta tres palabras sonaron en su cabeza, nítidamente: “no quiero vivir”. No se asustó. En realidad, no es que no quisiera, es que no podía. A menudo, la angustia se apoderaba completamente de su ser y no le dejaba ni respirar. En algunas ocasiones, pocas, se empeñaba en encontrar sentido a las cosas, sin lograrlo, pero la mayor parte de las veces sabía que todo era absurdo y que, además, no se podía hacer nada para evitarlo. El presente le aplastaba como una losa y no era capaz de imaginar ningún futuro ajeno a esa angustia que devoraba sus entrañas. Cayó en la cuenta de que, al otro lado de la mesa, alguien le miraba y le hablaba, aunque no entendía lo que le decía. Levantó la vista a la pared, cubierta de títulos de psiquiatría, y pensó que la persona que los había ganado, después de haber invertido tanto tiempo y esfuerzo, tenía que saber mucho de enfermedades mentales. “No quiero vivir”, dijo en voz alta, y la boca que le hablaba se cerró y los ojos que le miraban se sorprendieron, primero, y asintieron, comprensivos, después. Se levantó de la silla y el cristal de la ventana le devolvió la imagen de un cuerpo cansado, el suyo, con una bata blanca. Y comprendió que apenas estaba empezando a saber.